

Domingo XVII del Tiempo Ordinario (30-07-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo, arzobispo de Lima

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

El día de hoy concluimos nuestras fiestas patrias (antiguamente eran tres días). Y este domingo es un domingo para reflexionar sobre lo que nos está proponiendo Jesús, porque nos está proponiendo algo sumamente bello, nos está explicando cómo es nuestro Dios. Él, que vino de parte de Dios y que salió de Dios para venir a revelarnos cómo es Dios y contarnos, nos lo cuenta en parábolas. Y estas parábolas de hoy día son muy lindas porque nos hace ver que nuestro Dios es un Dios muy especial.

Dice el Evangelio de Mateo (13,44-52) que Dios, o sea, el Reino de los cielos, *se parece a un tesoro escondido a un campo. El que lo encuentra lo vuelve a esconder y lleno de alegría va a vender todo lo que tiene y compra el campo.* Es decir, nuestro Dios es el primero que está detrás de esto, Él nos ve a nosotros, a la humanidad, como el tesoro escondido en toda la creación que Él hizo. Y, por lo tanto, Él decide, discierne y decide entre todas las cosas, y dice: “estos son mis hijos”. Y esos hijos son, como nuestras madres llaman sus hijos: “corazoncitos de almendras”. Y, ¿acaso nosotros no le decimos “mi tesoro” a la persona que amamos? ¿A nuestros pequeños tesoros que son los niños?

Quiere decir que, si somos así, es porque tenemos que aprender lo que Dios nos enseña desde su propio ser y que

Jesús nos ha revelado: que todos tenemos que ser como Dios.

La tentación era: “y serán como dioses”, pero es muy distinto endiosarse a ser divinizado, porque el Señor quería que todos fuéramos a su imagen (y somos a su imagen porque somos abiertos, miramos para el Otro) y tenemos que llegar a ser semejantes, no iguales, pero sí semejantes. Y esa semejanza a Dios significa ser semejantes en esa inteligencia de Dios, que es saber escoger las cosas más justas y adecuadas a las personas; saber diferenciar, saber relacionarnos con la creación, con las personas, con el mundo, y decir esto vale más, esto vale menos. En el caso de los humanos, todos valemos porque todos somos hermanos, porque todos somos sus hijos.

En la misma sintonía va esta idea de la piedra preciosa, la perla fina del comerciante que narra el Evangelio. Qué lindo que compare a Dios con un comerciante que, a veces, pensamos que nos van a hacer “trafa” (fraude). Y, sin embargo, el Señor valora esta situación de ser un comerciante porque considera que la perla más bella y fina somos nosotros, y Dios, entonces, nos llama a ser como Él.

Jesús, por eso, nos lo cuenta: *“Sean ustedes como comerciante de perlas finas que encuentran una preciosa”*. Y, ¿no le decimos a las chicas “preciosa”? Los chicos cuando se enamoran no dicen: ¡Uy, mi preciosa! ¿Por qué? Porque valemos y, justamente, Dios ha venido y enviado a su Hijo para que todos aprendamos a valorarnos.

Ciertamente, tenemos que encontrar un norte, un centro de nuestra vida. Si no discernimos, entonces, no actuamos como el Dios que nos ha creado y tendemos a hacer las

cosas a nuestro modo, que no son muy divinas en que digamos. Por ejemplo, buscar a una persona por interés: “Ah, tiene plata, hay que enamorarse de ella”. “Tiene carro: ¡uy, ya podemos sacarle ventaja!”. Eso es reducir a la persona humana, y eso es lo que tenemos muchas veces cuando tenemos indiferencia ante las personas y las tratamos como cosas. Pero nosotros somos los hijos amados de Dios, queridos por Él y tenemos que aprender a ser como Él. Para eso cuenta Jesús estas parábolas, para que aprendamos a ser como es nuestro Padre Dios. Ni más ni menos.

Y, por esa razón, es importante lo que hemos visto en la Primera Lectura (libro de los Reyes 3,5.7-12), cómo Salomón, dentro de su poquedad (porque era joven y tenía miedo de estar en la dirección del gobierno de Israel), lo primero que le pide al Señor no son riquezas ni grandezas; mucho menos asume una actitud despreciativa y le dice a los demás: “chusma, chusma” porque ahora soy rey. Salomón *necesita discernir* y ver por dónde van las cosas, él pide *un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien*, para tomar decisiones que son difíciles de tomar.

Por eso, eso de ser dirigente en el país es un problema, porque uno puede equivocarse y siempre tiene que orar permanentemente, y decir al Señor: “Ayúdame en esta decisión para hacer lo justo, lo adecuado”. Y, a veces, porque estamos distraídos en otras cosas y tenemos los intereses puestos en otra cosa, entonces, nos olvidamos de la gente. Por eso, tenemos que aprender todos, sobre todo, porque, de alguna manera, en el futuro, todos seremos dirigentes en dos sentidos: dirigente de la familia, por ejemplo; o tendremos que ocupar un puesto de trabajo en

donde tengo que dirigir a otros trabajadores y no tratarlos como esclavos ni hacerlos trabajar para nuestros propios intereses.

Tenemos que aprender a hacer las cosas en forma justa. Y esto es interesante, entonces, porque Salomón es reconocido por el Señor, y dice la lectura que Dios le dio una inteligencia y un corazón sabio que no hubo jamás en el mundo, en ningún rey, porque ha pedido *inteligencia para discernir*, ha pedido *un corazón para entender y juzgar*. Es una inteligencia que está unida a los sentimientos, a las decisiones, que permite, además, tener esa capacidad de unir corazón con razón.

El Papa ha escrito una carta muy linda estos últimos días de un gran pensador que es Blas Pascal, a los inicios de la era moderna. Y Blas Pascal decía que en el ser humano hay dos espíritus: el de fineza y el de geometría. El de geometría calcula, el de fineza intuye. Y decía que la geometría descansa infinitamente en la fineza, y la fineza es esa capacidad de “olerse” las cosas, de discernir y encontrar.

La palabra discernir significa, algo así como, “colar”. Las señoras que preparan tortas saben lo que es el cernidor, porque separan la harina sin preparar de los grumos y se convierte en harina preparada. Y así hacen una buena tortita, que después ya le echan el fermento y puede crecer tranquila. Bueno, necesitamos discernir, usar la inteligencia y nosotros nos hemos esforzado en estos años de recordar que el Papa Francisco nos invita a un cristianismo inteligente, no a un cristianismo lerdo, en donde ya todo está hecho, con preguntas y respuestas ya hechas.

“Para ir a comulgar, tienes que confesarte”, eso me lo dijo hace poquito un dirigente del país: “Yo no puedo comulgar porque no me había confesado”, me dijo. Entonces, yo le dije: ¿Usted ha asaltado un banco? ¿Usted le ha sacado la vuelta a su mujer o qué sé yo? ¿Ha matado a una persona? Porque eso sí hay que confesarlo. Pero las cosas nimias y pequeñas que nos pasan, errores, ante el Señor, tenemos que manejarlas con tranquilidad y sin desesperación. Lo que pasa es que hemos creado un cristianismo de reglas, en donde no pensamos, porque es más fácil cumplir las reglas y se acabó. Y son reglas, a veces, un poco complicadas, porque no nos permiten tener libertad. La regla vale cuando sirve para profundizar las cosas y para ir avanzando en libertad. Y si nos oprimen y nos impiden el poder ser libres y discernir con nuestra cabeza las cosas con tranquilidad, con el corazón, entonces, no ayudan al ser humano. Y cuando no ayudan a ser humano, son reglas mal hechas.

Esa es una especie de costumbre que se ha creado que, a veces, nos impide tener criterio; y tener criterio es poder ver qué cosa es más justa que otra. Y, sobre todo, hay una cosa muy importante que necesitamos, entonces, encontrarle un sentido a la vida y ordenar las cosas de nuestra vida según ese sentido.

Por eso es que, al final, las otras dos parábolas nos hablan de que el Reino de los cielos se parece a una red, en donde hay muchos peces distintos y se separan unos de otros. ¿Y eso qué cosa significa? Que Dios, entonces, nos ha creado diferentes a todos y va tratando de dar prioridad a los más humanos, y los ayuda también a crecer, y es un Dios inteligente que va viendo cómo se hacen las cosas, va siguiéndonos y siempre nos acompaña. Por eso, el Papa

dice que Dios nunca nos abandona, porque nos da una ayudita para poder discernir.

Y una cosa fundamental, entonces, es que también, todo aquel que es cristiano, está siempre haciendo un discernimiento. Ese cristianismo inteligente lo vemos en la imagen del escriba. *“Un escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo viejo y lo nuevo”*. Qué interesante, dice: *“lo nuevo y lo viejo”*, en orden. Qué importante es esto porque, a veces, con el Papa Francisco, tenemos que estar recordando cosas que venimos diciendo hace 60 años, desde el Concilio Vaticano II. Lo que pasa en algunos cristianos son lerdos para entender y se cierran en las cosas que les enseñaron. Y el Papa dice: “Hay que recoger lo bueno del pasado y también lo del presente y labrar y esperar activamente el futuro que viene”.

El cristiano, hermanos y hermanas, es alguien que va amalgamando y recogiendo las cosas interesantes de todo. Inclusive, Pablo dice: “prueben todo y quédense con lo bueno”, para que tengamos experiencia y recojamos de las experiencias lo mejor.

Por eso, hermanos y hermanas, hoy día, estas lecturas son un canto a un cristianismo inteligente. Es una poesía para que aprendamos juntos a discernir y expresar lo que estamos viviendo. Y es muy bonito porque, sobre todo, las mujeres tienen más discernimiento que los varones, tienen sexto sentido. Se huelen las cosas y son bacanes por eso. Y no hay cosa mejor que una mujer así, inteligente, que sabe decirnos: “oye, cuidado, esto me huele mal”. Y, entonces, avanzamos porque podemos calcular: “esto me huele excelente”. Y, ¿por qué es eso? Porque la mujer, por muchos siglos, ha sido la que más ha sufrido porque los

machistas de los varones nos hemos dedicado a chancarlas y no a reconocerlas. Ellas han aprendido mucho de su sufrimiento, porque, cuando uno sufre, comprende mucho más cómo pasan las cosas.

No digo que hay que sufrir para comprender, pero aprovechemos de nuestros sufrimientos para comprender cómo actúan todos, inclusive, los que no se comportan bien y no saben corregir. Y el Señor también se parece, entonces, a una mujer, que caminó mucho, sufrió mucho, pero con su inteligencia solucionó los problemas. Y ojalá que eso suceda también entre todos nosotros, con la contribución, especialmente, de las mujeres como María e Isabel, que esperaban la llegada del Señor y una se puso en marcha, y la otra la acogió, y las dos sienten generarse una alegría profunda, cuando se encuentran.

Que Dios los bendiga y nos de la capacidad, hermanos y hermanas, de discernir todo lo que hay que hacer para resolver los problemas de nuestro país y también los problemas de la Iglesia, como nos que ha venido a ayudar a resolver Monseñor Jordi Bertomeu, porque muchos males en la Iglesia han ocurrido también por falta de ese discernimiento.

Que Dios los bendiga y bendiga a todos, y feliz conclusión de la semana de la Patria.